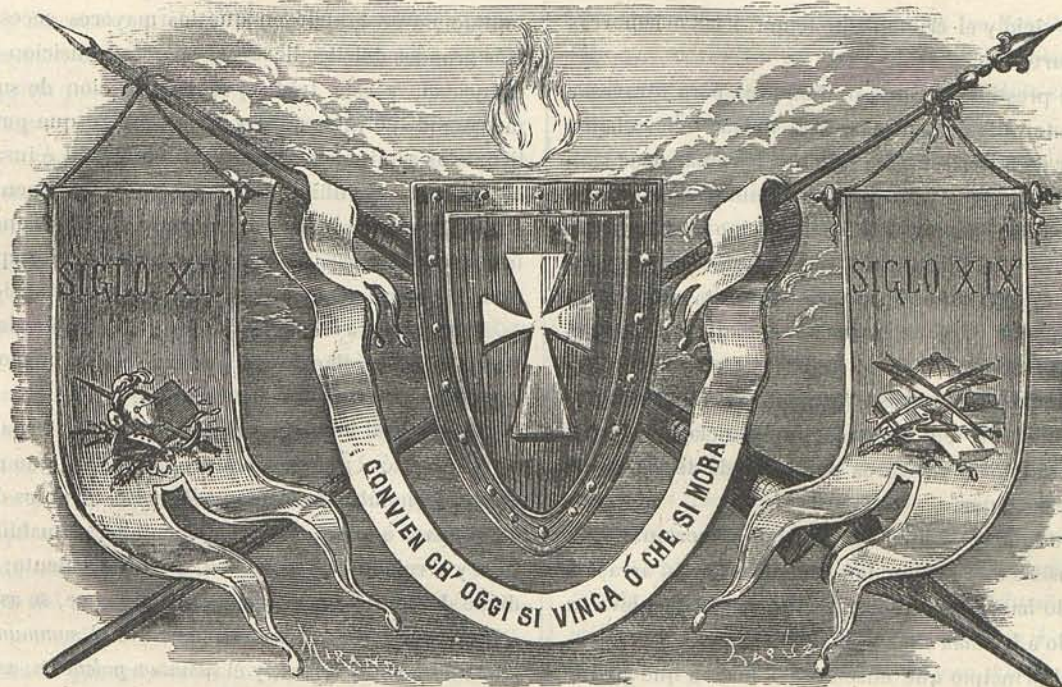




LA CRUZADA,

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SUMARIO.

Noción metafísica de la finalidad humana, por D. Alejandro Pidal y Mon.—*El Catolicismo en la Argelia*, por D. P. de Jove y Hevia.—*Á mi madre Encarnacion*, poesía, por el Sr. Marqués de Heredia.—*La cita en el valle*, por D. Evaristo Silió y Gutierrez.—*La Mujer*, por D. L. Acosta de la Torre, Pbro.—Suelto.

NOCIÓN METAFÍSICA DE LA FINALIDAD HUMANA.

Ego sum α et ω.

SAN JUAN, Apocalipsis.

Todos, absolutamente todos los males que á la humanidad afligen, han afligido y afligirán en este mundo de peregrinacion y de prueba, no reconocen otro principio, no tienen otro origen, no provienen de otra causa que del profundo y universal olvido en que la humanidad ha puesto constantemente el principio religioso, la noción metafísica de la *finalidad* humana.

El pecado original, el primer pecado, la falta más trascendental y terrible que la humanidad cometiera, no reconoce otro principio. El deicidio, el crimen su-

premo, único absoluto, no tiene otro origen. Y la heresia, el delito terrible, constante y desolador, no proviene de otra causa.

Si la tradicion mosaica se anubla y el panteismo se entroniza en la India, y el dualismo en Persia, y el politeismo en Grecia; si la mayor parte de las escuelas confunden y extravían hasta las más fundamentales verdades y primitivas nociones del conocimiento humano; si la edad antigua nos ofrece esos inmensos cuadros de afeminacion y de opulencia, de soberbia y de sensualismo; si la edad media nos enseña ese vasto y sangriento panorama de robos, de incendios y de matanzas; si la edad moderna nos manifiesta ese triste espectáculo de impiedad, de ágio y de materialismo, solo es debido al profundo, constante y universal olvido en que la humanidad ha puesto el principio religioso, la noción metafísica de la *finalidad* humana.

Ojeando ese gran proceso de la humanidad que se llama historia, solo encontramos una época en que un gran número de hombres caminan limpios y sin mancha á través del desierto de la vida. Es la de los cinco primeros siglos de la Iglesia, época en que los cristianos marchan seguros con la vista fija en el cielo por

entre el vicio y el crimen, sin temor á las mazmorras ni al martirio.

¿Qué prestigio llevan esos hombres para atravesar puros este valle de lágrimas, para vadear inmaculados este mar de miserias? ¿Qué columna los guía? ¿Qué Moisés los dirige? ¿Qué estrella los alumbraba? Es que son hijos de Jesucristo y saben que su reino no es de este mundo. Es que saben para que han sido creados. Es que llevan grabado en su corazón y escrita en su mente el principio religioso, la noción metafísica de la *finalidad* humana.

Grabemos nosotros este principio en nuestros corazones, fijémosle en nuestras inteligencias, y caminemos tranquilos y seguros por la senda de los Calixtos y Sebastianes.

¿Pero qué principio es este tan importante? ¿En qué consiste esta noción tan poderosa que así arrastra su olvido hasta los más bajos crímenes como eleva su recuerdo á las más altas virtudes?

Es el principio que enseña y la noción que manifiesta lo que uno de nuestros primeros poetas, el inolvidable Rioja, espresa con estas sublimes palabras:

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende cuánto yerra!
Esta nuestra porción alta y divina,
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.

Es el principio religioso que nos muestra á Dios como nuestro fin y término. Es la noción metafísica que nos muestra á Dios como nuestro objeto y fin.

Tomemos este camino como más ancho primero, pues por él pueden llegar al conocimiento de esta verdad muchos que por su desgracia no caben holgadamente por el segundo, que después recorreremos con mayor goce y soltura.

Fin, en metafísica, es aquello por lo que la causa eficiente obra, ó lo que desea obtener obrando, y siendo Dios causa ocasional de todo y principio de todos los seres, es igualmente su fin.

Estando además probado que el fin es causa, pues al obrar por alcanzar el fin, el fin se convierte en causa que obra, tendremos que Dios es causa y fin del hombre. Y no podía ser de otro modo.

El hombre experimenta constantemente en las interioridades de su ser un deseo ardiente, una aspiración insaciable del infinito, nada le satisface en el

mundo, en un mundo en que los mayores goces, los más grandes deleites llevan el sello de transición y de caducidad, y esta triste y fatal condición de su ser menguando su intensidad y valor impide que puedan llenar las aspiraciones de un alma inmortal é insaciable, y como el infinito es Dios, solo y únicamente su posesión responde al vehemente deseo de bienestar intenso é imperecedero, del bien sumo, de Dios, que el hombre experimenta; así lo demuestra la metafísica.

Pero nuestra religión, nuestro admirable dogma nos lo dice más clara y precisamente, de un modo más explícito y terminante; veamos cómo.

Dios creó al hombre para que le gozase eternamente, y le envió al mundo para probar si era digno de tal gloria. El hombre lucha con el mundo; si no es digno del fin para que fué creado, si sucumbe, es maldito de Dios y arrojado á la eternidad de un tormento; si es digno del fin para que fué creado, si vence, se asimila á Dios, y percibe y goza eternamente el *summum bonum*, el *summum verum*, y el *summum pulchrum*; así nos lo enseña nuestra fe.

Probado, pues, el principio religioso, demostrada la noción metafísica de la *finalidad* humana, una pregunta acude á todas las inteligencias y se agolpa á todos los labios; ¿cómo el hombre pierde de vista por un instante tan importante principio, tan trascendental noción? ¿Cómo el hombre se deja llevar de falsos y mentidos bienes, por el camino del error, por la senda del crimen, por la vía del mal? ¿Cómo el hombre no sacrifica esos breves instantes que pasa en este valle de lágrimas, ante el porvenir inmenso de una eternidad, que si es de pena estremece, y si es de gloria arrebatada?

La respuesta, la única respuesta, que á tan justísima y natural pregunta podemos dar, es la siguiente: En el profundo, constante y universal olvido en que la humanidad ha puesto el principio religioso, la noción metafísica de la *finalidad* humana.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

EL CATOLICISMO EN LA ARGELIA ¹.

El pasado.—El presente.—El porvenir.

ARTÍCULO SEGUNDO.—EL PRESENTE.

Terminada para la Cruz la época de lucha, de constancia en los trabajos y de resignación heroica, el genio español había terminado su misión providencial en la Argelia. Empezaba una época de triunfo, de espan-

¹ Véase el número cuarto.

sion y de cristiana tolerancia, en la que debia figurar en primer término el genio francés: de aquí aquella conquista providencial tambien.

Empezó el culto público en los campamentos, y poco á poco se ha ido estendiendo en los pueblos, en los caseríos y en las colonias rurales, á medida que las necesidades fueron naciendo. Representante y causa aquí, como en todas partes, de la verdadera civilización, al estenderse en los llanos y penetrar en el Sahel, y llegar al Tell, y subir los primeros estribos del Atlas, llevó consigo el cultivo, la cultura, el bienestar con la *buena nueva*, y la reverberacion de la Cruz forma allí más encantadores oásis que las aguas de los gigantes montes.

En la capital, durante los dos primeros años, bastó la capilla española á las necesidades del culto; pero pasado este tiempo se habilitó además la mezquita de la calle del Divan; y no bastando esto, en 1838, se recurrió á la mezquita Djema Ketchaoua, que sirvió de catedral hasta que fué destruida para levantar la que hoy existe, y que conserva sus lindísimas columnas de mármol blanco y gusto morisco. Está la catedral perfectamente colocada; es espaciosa, sencilla y bien ventilada, y sobre todo cuidada con el esmero escrupuloso que se nota por lo general en Francia, y vigilada su policia interior de una manera convenientísima para la tranquilidad y dignidad del culto. En una de sus capillas hay una estatua de la Virgen María traída de Sebastopol por el ejército francés. ¡Santo, y tal vez único trofeo de aquella expedicion! En otra se colocaron los restos del venerable Gerónimo, esperando su beatificación. ¿Quién era Gerónimo? Un niño cristiano sepultado vivo hace tres siglos por la ferocidad musulmana en el fuerte de la ciudad, llamado de las *Veinticuatro horas*, por su constancia en la fé. Descubierto su esqueleto por unos trabajadores en 1853, las indicaciones del libro de nuestro benedictino Haedo, ya citado en estos artículos, hicieron que aquellos olvidados restos recibiesen el triunfo donde habian recibido el martirio.

Se organizó el clero catedral en 1838, creando el obispado de Argel bajo el título de *Julia Casarea*, sufragáneo del arzobispado de Aix; señalándole ocho canónigos, bastante para las necesidades de entonces, y no tantos que no tuviesen ocupacion constante, á fin de evitar el efecto corruptor de la falta de trabajo diario y continuo. El clero parroquial creció con pasmoso desarrollo, y con él los lugares destinados al culto. Hoy cuenta la capital con las iglesias Ara Caeli, y Nuestra Señora de las Victorias, preferida de nuestros compatriotas, y que en nuestro lenguaje severo la llaman

más lógicamente Nuestra Señora de las *Batallas*. Estas dos eran mezquitas: la única construida de planta es la de San Agustin, preferencia bien concedida en África á su grande obispo.

Orán y Constantina, capitales de provincia, tienen tambien lindas iglesias, convertidas este año en catedrales, con la ereccion del arzobispado de Argel y creacion de obispados en dichos puntos. En todas las demás poblaciones existe el servicio divino celebrado en lindísimas y cómodas iglesias, y que son tanto más lindas y más ricas á medida que es mayor el número de españoles en cada pueblo. «Cuando se trata de la construccion de una iglesia ó de la celebracion de una fiesta religiosa, son palabras del prelado de Argel, siempre doy á mis queridos españoles la mejor parte.» Y esto confirma el hecho histórico de que la fundacion de todo pueblo español empieza por la construccion de su iglesia. De este modo Blida y Bufarik (situados en la magnífica llanura de la Metidja, próxima á Argel, y atravesada por un ferro-carril) poseen iglesias mejores que las de algunos pueblos importantes de España: en dichas villas la mitad de la poblacion es española. Otros pueblos hay, y son casi todos los de la demarcacion de Rassotá, en la misma ensenada de Argel, que se componen esclusivamente de españoles, y esto me obliga á decir algo de nuestra inmigracion en la Argelia.

Obedece esta á dos necesidades distantes y forma dos clases de corrientes. La más importante en número y utilidad es la de los mahoneses, y su causa dimana de la misma ocupacion francesa; porque la posesion de Argel por los deys y sus constantes correrías marítimas, habia obligado á todas las naciones que tienen marinas importantes, á conservar en Mahon estaciones de su marina de guerra; las cuales, dando ocupacion á muchos brazos y aumentando la riqueza de la isla, crearon un esceso de poblacion que no pudo subsistir al retirarse las escuadras extranjeras; y que pasó á la Argelia en busca de trabajo y de subsistencia. Por otra parte, las provincias de Valencia, Alicante y Murcia, por su proximidad á aquellas costas, por efecto de la guerra civil y por desgracias en sus cosechas, enviaron tambien á la Argelia una buena parte de sus hijos; y hoy pueden calcularse en sesenta mil los españoles que la pueblan, dedicados, principalmente los mahoneses, á los trabajos agrícolas, y los demás á las pequeñas industrias de las villas y lugares. Considerados con respecto al cultivo, puede decirse que los mahoneses son la providencia de aquella comarca; sus campos son los mejor cultivados, y por consiguiente sus productos los más variados y escelentes. Así debia de ser, porque sus colonias son las más moralizadas,

las más religiosas. Sirva de ejemplo el pueblecito llamado Fort-de-l'Eau, en el ya citado municipio de Ras-sotá. Fundado por cincuenta familias mahonesas, á las cuales el gobierno francés concedió quinientas hectáreas de terreno, con un pequeño cánon muy fácil de rescatar, es hoy un pueblo cristiano modelo. Sus habitantes gozan igualmente de una feliz existencia, y solo desean más terreno que cultivar, cosa que debiera haberseles concedido ya allí donde tanto sobra. Dirigidos desde una elegante iglesia por un virtuoso sacerdote francés, y educados sus hijos por un maestro de la misma nacion, todo lo demás que allí existe es español; con la particularidad de que no se vé allí una taberna, ni se necesita jamás la presencia de ningun agente de la autoridad. Aquellos civilizados labradores se reponen de sus fatigas con el honesto entretenimiento del juego de billar, y los ancianos son los que deciden las pequeñas querellas que muy de tarde en tarde hace nacer el ardor de la juventud. Las jóvenes, paseando en la playa, escuchan las relaciones de sus madres, que les hablan de su juventud y de la madre patria, que ven con la imaginacion al otro lado de las olas. Y esto que allí sucede no es un idilio ni una escepcion, porque se repite en todos los pueblos inmediatos. ¡Cuántas veces ha descansado mi espíritu en la contemplacion de aquellas virtudes! ¡Cuántas veces, durante mi corta residencia allí, me han enternecido aquellos habitantes, dándome, sin merecerlo, el dulce nombre de padre! ¡A mí, que tengo tantos motivos para que ese nombre me enternezca! Sepan, pues, que yo en cambio les conservo siempre un afecto de hermano.

Es muy natural que la voz del patriotismo nos haga desear que tal inmigracion se dirija á los centros despoblados de nuestra Peninsula; pero en vano se esforzará el hombre en alterar los designios de la Providencia; bien están allí nuestros hermanos; era necesario mostrar al África las virtudes de la familia cristiana. Era necesario mostrar tambien que esas virtudes preservan á los pueblos hasta de las desgracias naturales, como acaba de suceder en los últimos terremotos, en los que nada padecieron los pueblos completamente españoles.

No digo esto en son de censura de los colonos de las demás naciones que allí se han establecido; pero los franceses, que son los dueños, dejan de muy mala gana la Francia, cuya adelantada y protegida industria les ofrece abundantes recursos; de modo que á pesar del gran número de los establecidos en la Argelia en posiciones oficiales, no llegan todavía á cien mil. Los alemanes no han podido resistir al clima, y no quedan, en gran número, de otras naciones más que unos diez mil

sicilianos, dedicados en su mayor parte á la pesca, y unos ocho mil malteses que se dedican á comprar directamente á los productores para vender al consumidor. Sicilianos y malteses conservan en las tradiciones de sus países respectivos, demasiados buenos recuerdos de nuestra dominacion, y en sus familias demasiados apellidos españoles, para que allí, como en todas partes, no simpatizen con nosotros; y puede decirse que están absorbidos en la inmigracion española, y participan de sus productos y de sus virtudes, pero muy poco de sus faenas agrícolas.

Doscientos mil cristianos son por tanto los que hoy se encuentran en medio de una poblacion de dos millones y medio de mahometanos, y de unos veinte mil judios, y esto sin contar el ejército francés, que fluctúa, segun las necesidades, entre sesenta y ochenta mil hombres. Es, pues, muy difícil el servicio religioso en una estension que abraza doscientas cincuenta leguas de costa, y que penetra al interior unas cien leguas por término medio. No bastarian, sin duda, los trescientos sacerdotes que la sirven, es decir, tres por cada dos mil almas; ni bastarian tampoco los que pueden producir los dos seminarios, que coronan lindas montañas en las cercanías de Argel, á pesar de que uno solo de ellos cuenta doscientos seminaristas; pero las órdenes religiosas suplen dignamente á todo lo que falta.

La instruccion primaria ocupa principalmente á los hermanos de la Doctrina Cristiana, que tienen establecidas muchas escuelas comunales, y comparten sus tareas con las hermanas de San Vicente, Trinitarias, Doctrina Cristiana y Sagrado Corazon, siendo muy notable el colegio de estas últimas en la deliciosa colina de Mustafá-Pachá. En estos conventos, donde hay asilos para los huérfanos y desvalidos, se acoge la desgracia inseparable de la humanidad, y más en sociedades que comienzan; y con ellas, los Lazaristas, Jesuitas y Trapenses, está la iglesia perfectamente servida; siendo además auxiliada por sociedades benéficas, como la de San Francisco de Régis, que tiene por objeto la celebracion de los matrimonios de los que viven irregularmente, y ha hecho que se celebren unos ciento al año desde su institucion.

Una casa religiosa existe que merece mencion especial y detenida: es el convento de Trapenses, fundado en 1843 sobre el sitio en que se dió la batalla de Staoueli, que hizo á los franceses dueños de Argel. ¡Hermosa idea la de consagrar aquel sitio, porque además de immortalizar el recuerdo, marca bien el carácter de la conquista!

Jamás olvidaré mi visita á aquel establecimiento,

que es al mismo tiempo convento, granja-modelo y delicioso jardín: era el 4.º de Noviembre de 1864, y aun hacia tanto calor, que muy de madrugada he atravesado en carruaje abierto las tres leguas que separan el convento de la capital, aspirando con delicia el embriagador aroma de aquellos campos, que con recientes lluvias renacían á la vida, como renace el alma á la fé despues que las desgracias han hecho brotar nuevas lágrimas. No iba solo: me acompañaba D. Diego Monjó, canceller de nuestro consulado general, empleado tan útil como postergado, y que por su conocimiento de la localidad y hasta individual de los españoles que allí residen, sería el mejor Vicecónsul posible en Argel.

Era la primera vez que visitaba una Trapa, y al tañer la campana de entrada, una especie de terror místico parecía apoderarse de mi espíritu. Bien pronto el aspecto interior del edificio, muy diferente de lo que esperaba, y la amable acogida de su abad mitrado, calmaron los latidos de mi corazón. Nada hay allí que atre: una lindísima iglesia llena de luz y de flores, y más embellecida aun por el culto repetido en la mayoría de los altares á la Madre del Salvador; patios que son jardines de naranjos y jazmines; anchos pasillos que conducen á grandes salones, en donde están los dormitorios separados por tabiques de madera, y en los cuales solo hay una manta, un jergon de paja y un catre de hierro; una buena sala capitular; una biblioteca de libros místicos, alimento del alma, y el salon para el pobre alimento del cuerpo; tal es la parte destinada esclusivamente á albergar unos cien religiosos. La mayor parte son franceses; pero tambien los hay alemanes é italianos, y muchos de entre ellos han sido militares. ¡Qué mejor ni más útil fin de una existencia triste ó agitada! Tambien ha habido algunos españoles, pero unos perecieron, y otros debieron abandonar aquel santo asilo, víctimas todos de triste *nostalgia*. ¡Terrible contradiccion de nuestra naturaleza! ¡Recordar la nacionalidad en la Trapa, que es la preparacion para la tumba!

Las dos grandes privaciones de aquel sitio son la de la palabra, mientras el superior no la dispensa, y la de toda especie de carnes en las comidas, mientras la enfermedad no lo exige; he visto el refectorio servido con pan, vino, legumbres cocidas y algunas frutas. En cambio fué para nosotros delicioso el almuerzo con que nos obsequió el abad, compuesto de pan blanquísimo, vino, el mejor que he probado de los africanos, siempre un poco ásperos, manteca muy buena y de gran reputacion en el país, y frutas tan sabrosas como las mejores de Aragon. Siendo todo producido en

el convento, y en grande escala, ya por ello se deducen sus grandes plantíos, su esmerado cultivo y sus numerosas crias de toda clase de ganados. El trabajo material se ejerce por los mismos monjes y por numerosos dependientes; y va tan á prisa, que no pasará mucho tiempo sin que estén en completo cultivo las mil hectáreas que allí se les concedieron. Las cincuenta que rodean el convento, cerradas con altos muros, son las mejor cultivadas de toda la Argelia, y entre toda especie de árboles y productos hay estensos campos de malva rosa, de eliotropos y toda especie de flores, cuyas esencias se extraen allí y se mandan á los grandes centros de consumo. ¡Quién sabe si llevarán consigo, á los que las utilicen, algo de la tranquilidad de espíritu de los que las han cultivado! ¡Necesario sería en la agitada vida de las ciudades! En cuanto á mí puedo decir que me tranquiliza el solo recuerdo de aquella tranquilidad.

Su ejemplo y su laboriosidad han dado gran impulso á la produccion y contribuido á que los cereales hayan llegado en la Argelia á doce millones de hectólitros, el tabaco á diez millones de francos de esportacion, el aceite á quince millones de producto, las lanas á igual cantidad, y á que los ganados se esporten en gran número hasta para nuestra Cataluña; de modo que las esportaciones de la Argelia valen hoy muy cerca de cien millones de francos anuales, segun la magnífica informacion del Sr. Forca de la Roquete, hoy ministro del Emperador.

No descuida la Trapa nada de lo que pertenece á los nuevos adelantos: todos sus instrumentos de trabajo son de los más perfeccionados, y en su portería tiene la administracion de correos del distrito. Tampoco ignora lo que pasa en el resto del mundo: el abad me habló de nuestra ruptura de relaciones con el Perú, que hacia pocas horas sabíamos en Argel.

He procurado describir el estado de la Iglesia católica en los treinta y siete años de dominacion francesa, y demostrar que corresponde, como siempre, á las necesidades religiosas y sociales de la Argelia.

Con verdadero temor, pero con profunda conviccion, me aproximaré en el artículo siguiente á sondear los arcanos del *porvenir*.

P. DE JOVE Y HEVIA.

A MI MADRE ENCARNACION

EN LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE LA MUERTE DE SU MARIDO.

En vano abrazas su cadáver yerto,
Y en tu ilusion aguardas

Que á tus besos reviva, y que la muerte
Escuche tus plegarias.

Nunca su fallo lo detuvo el ruego
De la inocencia santa,
Ni el grito del amor que al cielo llega,
Ni el llanto de la patria.

Hoy en su hijo, tu amoroso Enrique,
Dulce consuelo halla,
Viendo en la prenda de su amor querida
Al padre que adoraba (1).

Sus espíritus viendo afortunado,
Que se funden y engastan,
Que trocó la vejez su vestidura
Por esplendentes galas.

Pero á cegar las fuentes de tu llanto
En el mundo, ¿qué alcanza,
Si en el naufragio de tu amor perdiste
La mitad de tu alma?

De alegres horas el recuerdo grato
En tormento se cambia,
Al dar el corazón su adiós postrero
Al bien de la esperanza.

Si el poder en mis manos estuviera
De templar tu desgracia,
Mensajero de paz fuera este canto
Que tu dolor me arranca.

Yo trocaría tu tristeza y duelo
En gozo y bienandanza,
La vida devolviendo al vate egregio
Gloria de las Españas.

Devolviéndote el sér que tanto amaste,
Tesoro en que cifrabas
Toda la dicha que el amor concibe
De un alma enamorada.

Pero sembrar de flores el camino
De la vida que acaba,
No es dado al infelice que en silencio
Devora pena amarga.

(1) Alude á una bellísima composición del actual Duque de Rivas, con motivo del nacimiento de su primer hijo.

Déjame, madre, que tu herida sienta,
Y que corran mezcladas
Como los ríos que á la mar caminan
Las tuyas y mis lágrimas.

15 de Enero 1866.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

LA CITA EN EL VALLE.

Amor que al cielo pedí yo un día,
Virgen creada para mi bien,
La queja escucha que amor te envía,
¡Ven, alma mía,
Mi encanto, ven!

Pálido y triste reflejo baña
La ancha pradera, que sola está,
Y allá en la cumbre de la montaña
Del sol los rayos se quiebran ya.

Tu amor disipe la sombra impía
Con que la duda nubló mi bien;
Antes que muera la luz del día,
¡Ven, alma mía,
Mi encanto, ven!

Lívido y ténue reflejo baña
La ancha pradera, que sola está,
Y allá en la cumbre de la montaña
Del sol los rayos se apagan ya!

Amor que ciego busqué yo un día,
Dicha inconstante, mentido bien,
Postrer encanto del alma mía,
¡Tú mi agonía
Serás también!

¡Ah! ¡ni un reflejo los campos baña
En su llanura, que sola está,
Y allá en la cumbre de la montaña
Lóbrega reina la noche ya!

EVARISTO SILLÓ Y GUTIERREZ.

LA MUJER.

ARTÍCULO PRIMERO.

Esgrimir nobles armas en necesaria defensa de los
más venerandos principios sociales por la impiedad

conculcados, y olvidar los justísimos derechos que á la mujer corresponden, cuando esos derechos no se respetan debidamente, indigno proceder fuera de cruzados valerosos, que en pleno siglo XIX enarbolan el simbólico pendón de las inmarcesibles glorias de la fé, de la religion y de la patria: luchar con varonil denuedo por el bien de la humanidad toda, y permanecer indiferentes ante la actual situacion de la compañera del hombre, con los temores y males que para el porvenir augura, lamentable contradiccion seria en los que, al áncora de la infalible autoridad aferrados, ni temen ni pueden temer á los fuertes vendavales del error: pelear con decision heróica por que la bendita Jerusalem de las católicas creencias se vea libre pronto, muy pronto, de los insidiosos enemigos que dolosamente han asaltado sus muros, y dejarles en tranquila posesion de una parte, quizá la más rica y bella, de la ciudad de los prodigios, horrible cobardía fuera en combatientes que *vencer ó morir* llevan por lema á la batalla: responder, en fin, con generoso entusiasmo al grito santo de GUERRA Á MUERTE Á LA REVOLUCION IMPÍA, y cerrar los oidos al lastimero acento de la mujer católica, que como el hombre y más que el hombre, pide socorro en la inícuu opresion á que forzosamente es conducida, en el naufragio moral de sus reducidas libertades á costa de tanta abnegacion y sacrificios alcanzadas, imperdonable crimen fuera en los que beben su inspiracion, y toman su fuego, y su vigor, y su aliento, y su vida en los dulcísimos recuerdos, en el amor purísimo, en el cariño sin límite, en el profundo respeto del deleitoso nombre de ¡¡madre!! Para que sea completa nuestra obra, completa y general ha de ser nuestra defensa; que no se obtienen triunfos á medias, ni consiguen lauros merecidos, sin victorias acabadas. El pernicioso y destructor influjo de la ideas antireligiosas y paganas ha arrancado á la mujer muchas de sus más preciadas conquistas; y falseada su condicion, por más que en contrario digan sus apasionados enemigos, imposibilitada se vé, aunque otra cosa ambicione, de llenar dignamente la noble mision de hermana, de hija, de esposa ó de madre. No debemos, pues, prescindir de la mujer en nuestros trabajos, y no prescindiremos; en Dios y por Dios, ningún temor nos asalta.

«Si la humanidad para realizar sus grandes fines necesita de la eficaz ayuda de la mujer, y esta ayuda solo puede hallarla en la mujer católica..., salud á la mujer católica, dulce esperanza de la cristiana sociedad,» dijimos en nuestro artículo anterior, especie de prólogo de los que en este empiezan. «Salud á la mujer católica,» repetimos hoy firmes en nuestro conven-

cimiento firmísimo, añadiendo sin el menor reparo, que, si dudáramos un solo instante del importante papel que la Providencia destina á la mujer en la gran renovacion religiosa que ha de operarse, que se está operando, mejor dicho, dudáramos de una verdad que nos consuela, de una esperanza que nos alienta y anima.

Sin las doctrinas católicas no se concibe á la mujer *digna compañera del hombre*, y las doctrinas católicas se ven combatidas del modo más fuerte y rudo: atacado el fundamento, ¿podia menos de resentirse el edificio? Ciego es preciso estar para no ver lo que la mujer pierde de dia en dia, impulsada por malélicas influencias, y hay muchos, no obstante, que, ó cierran sus ojos para no ver lo que presente está con su verdad aterradora, ó ciegos por castigo de Dios, que es la ceguera más terrible, no pueden ver lo que es insensatez negar.

Es imposible aspirar al perfeccionamiento de la unidad social, cuando las entidades morales que la constituyen adolezcan de algun vicio orgánico, y las entidades que á la sociedad componen, adolecen desgraciadamente de vicios radicales que aumentan en progresion geométrica, cuando, atacados muy de frente, solo en progresion aritmética tendrían disminucion.

Es imposible que de fuentes inficionadas emanen aguas puras y saludables, y las fuentes sociales surtidas están muchas veces de aguas corrompidas y cenagosas.

Es imposible, por último, que *el hombre solo* realice lo que el Criador dispuso que realizaran *el hombre y la mujer juntos*, y el orgullo y las pasiones dicen muy alto al primero, que él á sí mismo se basta. ¿Y quién es el hombre para oponerse temerario á la voluntad del Sér Omnipotente?

La condicion actual de la mujer, comparada con la que en los tiempos de Grecia y Roma alcanzó, será, no hay duda, en gran parte satisfactoria; mas comparada con lo que ser debiera en las presentes edades, y con lo que será en las edades que vendrán, ¿puede satisfacer de modo alguno ni aun á los menos exigentes? No es hoy, es verdad, abyecta y despreciable esclava del poder abusivo y tiránico del hombre, ni vil objeto de compra, permuta y venta en Europa como épocas pasadas; pero aun es esclava triste en muchos pueblos de dilatados continentes; aun se compra, y se permuta, y se vende en naciones semisalvajes y en otras que se llaman cultas; aun es víctima inocente de antiguas preocupaciones, y de costumbres bochornosas, y de prácticas humillantes, y de leyes no las más equitati-

vas y justas. En tanto que su emancipacion universal no se efectúe en conformidad con las católicas doctrinas; en tanto que las férreas ó doradas cadenas que por doquiera la sujetan no se rompan por completo; en tanto que no se la ponga á salvo de la miseria, de la seducción y de la ignorancia, siendo pobre; que no se la liberte de bastardas ambiciones y de estímulos corruptores, siendo de clase media; que no se la vigore contra el inmoderado afán de un lujo ruinoso, origen de mezquinas pasioncillas y de otras sugestiones detestables, siendo rica, la mujer no dará paso alguno en el ideal de perfeccion á que todo sér racional aspira. Entregada, como está, casi á sus propias fuerzas, y contrariada por tanto y tanto avasallador obstáculo como la circunda, solo merced á una virtud sobrehumana, á una nobleza casi divina, á una poderosa voluntad que contrasta pasmosamente con su debilidad natural, puede sostenerse á la altura que se halla. ¿Y ha de continuar la cooperadora del hombre en esa violenta situación, en ese desconsolador estado? Atormetada de idénticos dolores que antes de que luciera el refulgente sol del Evangelio, ¿ha de sucumbir á iguales golpes que en épocas de hierro, de sangre y de barbarie? ¿Ha de ser más fuerte el mal que el bien, más poderoso el hombre que Dios? Imposible. Si han existido filósofos y anatómicos ilustres que, chocando contra el sentido comun y contra la naturaleza, consideran á la mujer como un hombre imperfecto; y fisiólogos de gran nota que la disputaran el título de madre; y doctores que hasta la negaron el alma; y socialistas que asimilándola al hombre la anularan totalmente; y naturalistas de gran fama que sostuvieran su exacta igualdad con el sexo fuerte á diferencia de una sola viscera; si en el siglo XVIII, inspirador audaz de la revolucion, hubo un Montesquieu que en su *esprit de las leyes*, la reputase como un niño gracioso; un Rousseau que afirmara en el *Emilio* que para agradar al hombre fué hecha; un Diderot que en el *Suplement au voyage de Bougainville* las predicara con cinismo repugnante el brutal sensualismo de Otaíti; un Danton que viera en ellas poco más que instrumentos de placer, y un Voltaire que las despreciara como nada; si, en fin, esos ridículos absurdos, esas miserables aberraciones, esas locuras inverosímiles, esos delirios tremendos se han defendido, con notable daño del valor personal de la mujer, y aun se defienden tesis disparatadas por algunos que se dicen eminencias, preciso é indispensable es que alzándose briosos los humildes, hundan en el polvo á tales eminencias, y que aplasten sus utópicas doctrinas como á serpientes venenosas, y que execrandas ideas tan terriblemente fatales, demuestren ante la

faz del mundo todo, que la mujer, pese al infierno entero, es ayuda y compañera del hombre, semejante como él á Dios, y como él regenerada por la preciosa sangre del Divino Mártir del Gólgota.

Al hablar algunos de esa necesaria mitad del género humano, parece que, llevados de frenética rabia, de despecho horrible, de arrebatado furor, nada pueden decir que no sea atroz calumnia y grave ofensa; ¿por qué tan incalificable conducta? ¿por qué tan punible proceder? ¿Será que cuanto más se sumerge el hombre en el inmundo lodazal de las pasiones, tanto más y más rigorista se hace respecto á las virtudes de la mujer? ¿Será que á medida que baja en la escala de la moralidad, sube en la de las indebidas exigencias, segun ha dicho algun escritor de nuestros dias? Nocturnas aves á quienes ofende el esplendente brillo de los sentimientos elevados, solo entre sombras buscan pasto á sus instintos depravados; crueles tiranuelos á quienes la agena nobleza martiriza, parece que recuerdan el lúbrico imperio de las Livias, Basilinas y Teodoras, y que quisieran restablecerlo con todas sus abominaciones y maldades; desdichados, en fin, que se olvidan de que á una mujer deben la existencia; ¿qué mucho, si arrojando cieno al aire, viene á mancharles el rostro?

¿Qué hay de verdad en las declamaciones que contra la mujer se levantan? ¿Goza de la justa consideracion que merece? ¿Puede estar satisfecha de su situación presente? ¿Es, en una palabra, lo que puede y debe ser para bien de la humanidad en la segunda mitad del décimonono siglo? Hé aquí, lector indulgente, el anchuroso campo objeto de nuestros artículos sucesivos; hé aquí, en resumen, el tema que, alternando con otros trabajos, nos proponemos desarrollar á medida que la posibilidad nos lo permita.

L. ACOSTA DE LA TORRE, Pbro.

Dentro de pocos dias saldrá, con direccion al monasterio de Corias (Asturias), el padre Ceferino Gonzalez, autor de la obra de filosofía titulada *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, obra que recomendamos al que desee hallar un guia seguro para suscar tranquilo los hoy tan revueltos mares filosóficos.

Por todo lo no firmado,

El Administrador Secretario,

LUCIANO ACOSTA.

MADRID: 1867 — Imp. de R. Vicente, Clavel, 8.